

Mundialización y desigualdades

JEAN-PAUL FITOUSSI

El término mundialización designa un fenómeno de dimensiones múltiples: la simbólica, la real y la ideológica. Voy a ceñirme a describir estas dimensiones tomando como código de lectura el de las desigualdades.

La decadencia del imperio europeo

La dimensión simbólica es la de la decadencia del imperio europeo. ¿Cuál es el objeto de nuestro sufrimiento simbólico? Nos percibimos pequeños. La mundialización encarna un exterior hostil, una cuarta dimensión a la que hemos sido lanzados de repente. Como en las novelas de ciencia ficción, en las que el personaje, a consecuencia de un incidente, se encuentra reducido a un tamaño minúsculo y descubre la violencia de los objetos comunes de su universo cotidiano, también nosotros descubrimos con estupor que Francia no es más que un país de 60,000 millones de habitantes en un mundo con una población de seis mil millones de seres humanos. La primera herida es a nuestro amor propio, pues éste ocupa un lugar importante en el imaginario de los pueblos y quizá más aún en el de sus dirigentes, como lo prueba el impacto mediático de las clasificaciones de los países que invoca cada uno de ellos para inspirar confianza o para inquietar. Y se puede llegar a una u otra cosa según el criterio de clasificación que se aplique: ¿O Francia es el primer país exportador del mundo por habitante o muy pronto (según un criterio indeterminado) va a ser rebasado por la India?

"Y entonces?", podría decirse. La "decadencia del imperio americano" fue la buena nueva que Europa anunció al mundo —apoyándose en cifras— cuando se pensaba capaz (de alcanzar el nivel de vida de los Estados Unidos): como el ingreso nacional aumentaba más rápido que el del otro lado del Atlántico, se deducía mecánicamente un mejoramiento de su posición relativa, cuya otra cara era el deterioro de la de los Estados Unidos.

Las diferencias de los niveles de desarrollo y de crecimiento demográfico siempre ponen en marcha los mismos procesos, pero en la actualidad juegan "en contra" de Europa. El desarrollo de la India o el de Asia, o de cualquier país del mundo, siempre se puede analizar en términos de decadencia del imperio europeo. ¿Es por ello una mala noticia? ¿Hemos de recibir cada vez la noticia de la reducción de la pobreza en el mundo como una herida, un insulto a nuestra capacidad? ¿Es algo malo que las desigualdades entre países ricos y países pobres se reduzcan por el enriquecimiento de los países pobres? ¿Se pueden mantener a la vez discursos generosos sobre las relaciones Norte-Sur y lamentarse de que, a pesar de nuestra falta de generosidad, las regiones del Sur accedan al desarrollo? No cabe duda de que esto modifica los mapas del poder o los de la dominación. ¿Pero deseamos verdaderamente mantener en una era poscolonial las mismas jerarquías de sumisión?

En realidad la decadencia relativa de los países ricos es una buena noticia. Es muestra de que la producción mundial se incrementa y de que los países pobres acceden por fin al desarrollo. No significa de ningún modo que nos empobrezcamos.

La mundialización y el crecimiento de las desigualdades

Pero a esta primera dimensión simbólica se agrega una dimensión real, en la que la mundialización se convierte en una legitimación del crecimiento de las desigualdades y de la fragmentación social.

Es cierto que la mundialización, tal como se produce hoy, en realidad puede agravar dos categorías de desigualdades: las estructurales, que separan a los grupos sociales, y las dinámicas, que fraccionan a los grupos sociales homogéneos; por ejemplo, el paro crea una desigualdad dentro del grupo mismo de los asalariados, y es fácil constatar que esta fragmentación también funciona entre las clases medias.

La mundialización separa así a los que se adaptan al mundo y a los que no pueden hacerlo. Pero quisiera mostrar que en ningún caso nos obliga a ser menos solidarios.

Cada tipo de mundialización se puede asociar esquemáticamente a una categoría de desigualdades. La globalización financiera hace que crezcan las desigualdades estructurales porque conduce lógicamente a otra distribución de las ganancias y los salarios en los países industrializados. En realidad, contribuye a incrementar considerablemente la movilidad de los capitales. Si los movimientos de capital son libres, es normal, necesario e inevitable que afluayan a todas partes donde la mano de obra es la más barata y con un nivel de calificaciones comparable. La globalización de los mercados financieros no puede por tanto hacer otra cosa que incrementar en proporciones importantes la competencia de los países con un nivel bajo de salarios o de protección social. Querer una cosa es llamar a la otra. Los capitales liberados no tienen ni deben tener más que una sola lógica: la rentabilidad máxima de las inversiones sea cual fuere el país. Para un capitalista occidental, la rentabilidad de las inversiones en los países emergentes a veces es el triple o el cuádruple de la que obtendría en su propio país. Es concebible que esto le abra perspectivas y es comprensible el atractivo que tiene para él esta globalización financiera.

Supongamos por otra parte que la peor de las perspectivas se realiza: los capitalistas franceses, atraídos por la rentabilidad de la economía china y la certeza de que no serán expropiados nunca, deciden que en lo sucesivo todas las inversiones nuevas se harán en China. Esto crearía sin duda un grave problema de empleo en Francia, que no se podría resolver más que con un descenso considerable de los salarios franceses de manera que la rentabilidad de las inversiones en Francia llegara a ser tan elevada como en China. ¿Y entonces

Francia se empobrecería? La respuesta depende del punto de vista en el que uno se sitúe. No cabe duda de que se deterioraría la condición de los asalariados —ya sea por el hecho del paro o por el de la caída de la remuneración del trabajo—, pero la de los capitalistas y la de los empresarios mejoraría considerablemente. Estos últimos conservan la propiedad del capital sea cual fuere su ubicación. Si es en China, esto significa que los empresarios franceses poseen una parte de la producción china y se benefician de su fuerte expansión. Es obvio, con este ejemplo extremo, que la mundialización no crea empobrecimiento en parte alguna y que, al contrario, todas las regiones se benefician de ella.

El verdadero problema es que el excedente que suscita la mundialización sólo se adquiere a costa de un crecimiento considerable, tal vez insostenible, de las desigualdades. Los titulares de los ingresos no salariales (aun cuando una desigualdad muy grande es la que se produce entre empresas) de las rentas y las ganancias ven que sus ingresos crecen mucho mientras que los asalariados registran una importante baja de su capacidad adquisitiva. Es decir, el reparto de los ingresos sufre una deformación importante en detrimento de los ingresos del trabajo. Las desigualdades estructurales se profundizan. Así, la mundialización podría explicar la importante baja de los salarios en el ingreso nacional que se produce desde el inicio de los años ochenta.

No obstante, en los hechos, cuando un proceso de este tipo está en marcha, su magnitud parece menor y casi indiscernible estadísticamente. Es cierto que los flujos de los capitales han aumentado, pero su aumento fue muy modesto en comparación con los flujos comerciales: pasaron de 7 a 9% del PIB en el transcurso de los últimos veinte años. En total, aproximadamente 10% de la acumulación de capital de los países en vías de desarrollo (o sea, solamente 2% del capital total de los países ricos) ha sido financiado por la movilidad del capital. Es difícil de imaginar que una variación tan leve pueda tener tan grandes consecuencias.

La globalización de los mercados de bienes en el conjunto del planeta, y ya no solamente en el seno de los países ricos, define una segunda mundialización. En teoría, ésta podría contribuir a explicar la profundización de las desigualdades dinámicas. El intercambio internacional incita a los países a especializarse en las producciones que utilizan de manera intensiva los factores de producción de los que están relativamente bien dotados. A la inversa, los mismos países importarán bienes cuya producción exige la utilización de factores de los que disponen en menor abundancia. Mejor dotados relativamente de mano de obra calificada, los países del Norte van a tener tendencia a exportar bienes con fuerte valor agregado por la calidad del trabajo que incorporan (máquinas-herramientas o robots, por ejemplo), en tanto que los países del Sur van a especializarse en la exportación de bienes intensivos en trabajo no calificado (como ciertos productos textiles, por ejemplo). La mundialización se realiza así pues en nuestro país en detrimento de nuestros trabajadores menos calificados y allá en favor de ellos. Aquí y allá, las consecuencias se invierten para ellos: el paro y la pobreza crecen en nuestro país para los trabajadores sin calificación o con muy poca, mientras

que mejora su suerte en los países emergentes. Las desigualdades dinámicas crecen entre nosotros y decrecen entre ellos.

Esta consecuencia del desarrollo del comercio internacional puede explicar en particular la tendencia a la desindustrialización que se observa en los países del Norte. Las industrias manufactureras emplean una proporción más alta de trabajadores relativamente poco calificados. La intensificación de la competencia, que vuelve menos competitivas las exportaciones de nuestros países en los mercados extranjeros, reduciría entonces el salario relativo de los trabajadores menos calificados en los países que exportan o que están en competencia con las importaciones de productos manufacturados.

Al revés del proceso puesto en marcha por la globalización financiera, el comercio internacional no repercutiría tanto sobre el reparto del ingreso entre capitalistas y trabajadores como sobre el reparto del ingreso entre categorías de trabajadores, entre los que poseen las calificaciones requeridas para utilizar las ventajas tecnológicas del Norte y los otros. Lo anterior tiene por resultado un juego de tijeras: la exportación de productos con un alto valor agregado en los países ricos incrementa la demanda de trabajo calificado; la importación por parte de estos mismos países de mercancías con un bajo valor agregado reduce la demanda de trabajo no calificado. Esto explicaría el fuerte crecimiento de las desigualdades intracategorías que se constata en los países desarrollados, se traduzca éste en la apertura del abanico de los salarios o en el agravamiento del paro.

La mundialización agrava, así pues, las consecuencias de la descalificación tendencial del trabajo no calificado. Por eso la tasa de paro de los trabajadores calificados en Francia ha pasado de 2.5% en 1970 a 3.5% en 1980, y a 6% en 1993, en plena recesión. Pero la tasa de paro de los trabajadores no calificados ha pasado en el mismo periodo de 3 a 9, y después a 20 por ciento.

Estas diferencias en las evoluciones de las tasas de paro son considerables y subrayan, como si hubiera necesidad de ello, el crecimiento de las desigualdades frente al empleo. No obstante, una cosa es constatarlas y otra invocar la globalización de los mercados como si fuera la única causa o incluso la causa principal. En realidad el problema es análogo al que hemos encontrado en el análisis de las consecuencias de la globalización financiera: las evoluciones constatadas en los intercambios entre países del Norte y países del Sur han sido demasiado pequeñas para explicar los fenómenos de esta dimensión. Entre 1970 y 1990, el crecimiento de las importaciones netas (diferencia entre importación y exportación) procedentes de países en vías de desarrollo ha sido sólo de 1% en promedio en el conjunto de los países industrializados. Incluso el aumento de las importaciones brutas procedentes de esos países fue relativamente débil durante el mismo periodo, entre 2 y 3% del PIB según los países del Norte.

Relaciones de fuerza desequilibradas

En este momento del análisis hay que hacer dos observaciones. En primer lugar, los intercambios financieros y comerciales entre países del Norte y del Sur han aumentado sólo marginalmente en las dos últimas décadas. Evoluciones tan moderadas no pueden tener consecuencias tan masivas sobre el empleo y la pobreza en los países ricos. En lo esencial, la mundialización es un fenómeno que vendrá: por ejemplo, el desarrollo de China y de la India tal vez modifique los mapas del poder en el siglo xxi, pero no puede explicar el disfuncionamiento del pasado. No cabe duda de que puede haber contribuido a ello, pero no como causa primera y ni siquiera como causa principal.

Además hay otras explicaciones que también pueden dar cuenta de la evolución de las desigualdades. En primer lugar, el progreso técnico. El crecimiento de las desigualdades entre trabajo calificado y trabajo no calificado sería la consecuencia de la no neutralidad del progreso técnico. Este exigiría una mano de obra cada vez más competente al mismo tiempo que tendría por efecto incrementar la productividad de los trabajadores más calificados. El ejemplo evidente de este tipo de progreso técnico nos lo brinda la revolución informática. Esta no neutralidad así como la intensificación de la competencia internacional podrían explicar la desindustrialización relativa que se constata en los países del Norte. Hay estudios que han mostrado que, en el seno mismo de los sectores industriales, la recalificación de los puestos de trabajo es correlativa a las inversiones informáticas y a los gastos de investigación y desarrollo. La desindustrialización se entiende entonces como la consecuencia de una externalización de los servicios, que con anterioridad se proporcionaban en el propio interior de la industria (movimiento que tiene evidentemente como efecto incrementar la demanda de trabajo calificado).¹

Desde el inicio de los años ochenta, la mundialización se efectúa sobre el telón de fondo de tasas de interés reales anormalmente elevadas, es decir, que tienen como escenario un profundo desequilibrio social. El aumento brutal de las tasas de interés es lo que crea una profunda ruptura entre las evoluciones que se produjeron antes del fin de los años setenta y las que conocemos desde el principio de los años ochenta. No hay que ser muy sabio para comprender que en un sistema capitalista la tasa de interés es una variable crucial, probablemente la más importante de la economía. Porque la tasa de interés tal vez sea más que una variable económica, una variable social. Su nivel rige en efecto la percepción que una sociedad tiene de su futuro, al mismo tiempo que determina la distribución de los ingresos y de los frutos del crecimiento. Ahora bien, el nivel anormalmente elevado de las tasas de interés constituye, desde hace quince años, un fenómeno singular en la historia del capitalismo occidental. Modifica la relación de fuerza entre el que detenta el capital financiero y los productores de la industria pero también entre empresarios y asalariados, de una manera que permite, al igual que la mundialización, explicar el agravamiento del paro y de las desigualdades.

La dimensión ideológica

La dimensión ideológica de la mundialización interviene en el triunfo de la economía de mercado y del liberalismo. Se puede incluso pensar que se trata de una ideología estadounidense para uso externo. Porque lo que engendra los sufrimientos sociales no es la mundialización en sí misma, sino el retomo a una lógica de pseudoimpotencia de los Estados so pretexto de la tutela de los mercados. La ideología tiende a que sigamos percibiendo los mercados como lugares ficticios de coordinación, mientras que son el lugar de puras relaciones de fuerza, cuando no están mediatizados por los Estados. Parece que hemos olvidado que ya en la Edad Media se hacía la distinción entre el principio del mercado y el mercado concreto, cuyo funcionamiento exigía la intervención del poder público.

La mundialización en sí no es un problema porque puede engendrar beneficios importantes, pero es como se produce, en un desequilibrio de relaciones de fuerza entre los actores, lo que engendra sufrimiento social. Este primer sufrimiento parece tanto más intolerable cuanto que se conjuga con un segundo de orden antropológico y que proviene del propio funcionamiento de la democracia. Esta libera al individuo y lo vuelve responsable de su destino. Ser responsable de uno mismo, en una época en la que lo que tiene más probabilidades es el fracaso, no puede sino agravar el sufrimiento producido por el aumento de las desigualdades.

Las reglas del juego

La mundialización se efectúa bajo los auspicios de una economía de mercado profundamente desequilibrada. Además, la mundialización actual se produce sin el auxilio de una institución de regulación. Es esto, más que la propia globalización, lo que engendra los males que padece la sociedad. Pero sería falso pensar que la mundialización fue una obligación cuando de entrada fue una opción política, como es una opción política la negativa actual a organizarla. Es cierto que hoy en día hay muchos países que se dan cuenta de los inconvenientes de esto, pero se hubiera tenido que pensar antes en ello.

Una mundialización sin organizar, en el marco de mercados profundamente desequilibrados, no puede sino desembocar en la violencia de las relaciones sociales, aun cuando esta violencia parezca estar controlada por la ley de hierro de los mercados.

El mundo ha pasado así, imperceptiblemente, de una lógica de crecimiento –en la que la expansión de unos implicaba la de los otros– a la de las partes del mercado, en la que el crecimiento de unos no puede lograrse mas que en detrimento de los otros. Por eso tememos –lo cual es el colmo– el desarrollo de los países pobres, mientras que en los años sesenta y setenta lo deseábamos de corazón. La palabra clave es la competitividad, lo cual significa tomarles territorios (económicos) a los otros. Ahora bien, la historia nos ha enseñado que en este juego no podía haber mas que ganadores transitorios –que los milagros de una década podían acabar resultando las pesadillas de la década siguiente– y que el resultado más probable a largo plazo es que todos acaben perdiendo.

Hasta una observación apresurada de la situación mundial muestra que casi por doquier existen capacidades de producción inutilizadas. También en todas partes el paro es alto, la pobreza crece. Nada se opone por tanto a que la producción se incremente sin tensiones inflacionistas. Ahora bien, el crecimiento económico está refrenado por la lógica de las partes del mercado en cuyos términos la expansión de unos no podría realizarse más que en detrimento de la de los otros: todos los gobiernos desean un crecimiento más vigoroso, pero consideran que no hay crecimiento virtuoso si no está impulsado por la demanda externa. En otros términos, cada país desea de corazón un aumento de las exportaciones, que sólo es posible, evidentemente, si cada país aumenta sus importaciones, es decir, su demanda interna. Todos los países se niegan a ello por temor a que crezca su endeudamiento. El mundo es por lo tanto víctima de una especie de silogismo cuyas consecuencias hacen temer lo peor, éstas son a tal grado –digámoslo con un eufemismo– no cooperativas: devaluación competitiva por aquí, medidas proteccionistas por allá, ajustes a la baja de los sistemas sociales por doquier.

Como el problema tiene la estructura de un silogismo, su solución es de una gran simplicidad: habría que proporcionar, a cada país y simultáneamente, liquidez que tendría que utilizar sólo para importar. De este modo, todos exportarían más, sin llegar a temer que el crecimiento de las exportaciones conduzca a un aumento de la deuda. Ahora bien, este tipo particular de liquidez existe: son los derechos de emisión especiales del Fondo Monetario Internacional. Si por las dificultades de la negociación internacional parece imposible distribuir por doquier este exceso de liquedeces internacionales, se pueden distribuir por lo menos entre los países que tienen necesidad urgente de ellas: los del Este y del Sur. Para hacer bien las cosas, habría que poner una fuerte condición: que la mayor parte de esta liquidez se utilizara para la importación de bienes de inversión.

Los países industrializados saldrían ganando con ello porque sus exportaciones aumentarían, ya que este "don" a los países en desarrollo sería a la vez una subvención a las industrias exportadoras de los países industrializados. Es posible incluso que una solución de este tipo sólo fuera emprendida por Europa, y que Estados Unidos y Japón fueran hostiles a ella. La solución consiste en reconocer que si a los bancos centrales nacionales les repugna acuñar dinero por temor a afectar la tasa de cambio, bastaría con que ese dinero se acuñara a nivel internacional para calmar sus inquietudes. Por otra parte, ya se ha utilizado una solución de este tipo en diversos periodos de nuestra historia. ¿Por qué no se podría utilizar hoy?

Parece haberse olvidado que no podía haber mercados sin reglas del juego y que éstas eran consecuencia de una elección política, es decir, de la democracia.

Desde un punto de vista más fundamental, ¿qué significaría una sociedad en la que ya no hubiera opciones políticas? ¿Y cómo creer que esta falta de opciones sirve a los intereses del conjunto de los ciudadanos? En la época en que no se sabía aún que la economía es política, los grandes autores clásicos, en especial

Adam Smith, inventaron el liberalismo como prueba teórica de que una sociedad podía vivir sin la omnipresencia de un Estado absoluto. En cierto sentido, se trataba de una doctrina revolucionaria que organizaba el combate contra Leviatán. Pero los autores clásicos no imaginaron en ningún momento, como se quisiera hacernos creer hoy, que una sociedad podía vivir... sin contrato social. Ahora bien, en una democracia lo político es el lugar del contrato social y decretarlo impotente o, peor aún, molesto –y esto es precisamente lo que se hace cuando se denuncia cualquier forma de intervencionismo– equivale a decretar la inanidad del contrato social.

El sentido de las solidaridades

Para luchar contra las fuerzas de la desagregación social, hay que renovar la idea de nación; no en el sentido que algunos le dan, sino al contrario, en el sentido de encontrar de nuevo las solidaridades que las desigualdades demasiado grandes han roto. Renovar la idea de nación no tiene nada que ver con la práctica de un principio de exclusión que hoy defienden algunos; se trata en cambio de poner en práctica un principio de inclusión, no aceptar nunca que algunos se queden a la orilla del camino. Es en realidad reunificar a la sociedad francesa para que cada quien encuentre en ella una comunidad de destino. Ninguna estratagema, mundialización o construcción europea podrá exonerar a lo político de esta ardiente responsabilidad. No es aceptable que se les diga a los franceses que algunos estratos sociales deben aceptar empobrecerse para que la economía francesa siga enriqueciéndose.

Se ha tomado la costumbre de buscar soluciones milagrosas, de exigir a los expertos que pongan manos a la obra para encontrarlas. Como experto, personalmente no tengo ninguna solución milagrosa que proponer porque considero que la solución es política, que corresponde por tanto a los hombres políticos encontrar los recursos necesarios para ponerla en práctica. Es política porque más que en economías de mercado, vivimos en democracias de mercado.

Hoy se cree que el capitalismo ha triunfado sobre el socialismo. Tal vez sea cierto y la historia lo decidirá. Pero de ninguna manera se podría afirmar que ha triunfado sobre la democracia, es decir sobre una búsqueda incesante de formas superiores de contrato social. La concepción tan liberal del futuro parece que se funda de hecho en un contrasentido. Porque no han proporcionado la felicidad a la gente a pesar de ellos, en el Este los regímenes comunistas se han hundido. Este hundimiento es por tanto una victoria de la democracia y no de la economía de mercado.

Si el capitalismo, excluyendo lo político, se volviera totalitario, correría el riesgo de hundirse a su vez. Como un tren puede ocultar a otro, la casi desaparición del comunismo en el planeta no sería más que un preludio de la del capitalismo. Porque en ningún otro periodo de nuestra historia –con la excepción muy transitoria de los años treinta– los disfuncionamientos de la economía de mercado han sido tan graves como hoy: paro masivo, crecimiento formidable de las

desigualdades y de la pobreza en los países ricos. Esto no puede dejar indiferente a la democracia. Es preciso que a la vez no olvidemos que el sistema económico está siempre mediatizado por la democracia y que, en este sentido, no pueden existir más que terceras vías. Porque vivimos en democracias de mercado. En esta caracterización del sistema que nos rige, cada palabra es importante porque cada una define un principio de organización diferente. Por un lado, el mercado regido por el principio del sufragio censal, en el que la apropiación de los bienes es proporcional a los recursos de cada quien: un franco, un voto. Y por otro lado, la democracia regida por el sufragio universal: una mujer, un hombre, un voto. Nuestro sistema procede así de una tensión entre los dos principios, el individualismo y la desigualdad por una parte; por la otra, la sociedad y la igualdad, lo cual obliga a la búsqueda permanente de un "entre dos". Esta tensión es dinámica porque permite al sistema adaptarse y no romperse como lo hacen en general los sistemas regidos por un solo principio de organización (el sistema soviético). Sólo las formas en movimiento pueden sobrevivir, las otras se esclerotizan. El movimiento es tensión, lo cual quieren hacer evitar a toda costa la conjugación de ciertas políticas económicas y de la influencia de los mercados financieros.

Esta contradicción inmanente al sistema sólo puede resolverse mediante la búsqueda incesante de compromisos. Hay que interpretar este término sin ninguna connotación peyorativa. El intervencionismo es por tanto una necesidad porque sólo la acción del Estado puede restablecer un equilibrio de fuerzas. Por eso hoy tenemos necesidad de un aumento de protección al trabajo más que de una mayor flexibilidad.

Haber permitido que un mercado mundializado, desequilibrado en beneficio de ciertos actores –los que detentan el capital financiero y las grandes empresas– promulgue las reglas del juego social no podía sino conducir a una fragilidad muy grande de nuestras sociedades.

Colmar el déficit de futuro

En realidad, el déficit más importante que amenaza a la sociedad francesa hoy es un déficit de futuro. No es el déficit presupuestal y ni siquiera el de empleo en la medida en que uno y otro son consecuencia de él.² Paro masivo, precarización del trabajo, reacciones inciertas y volátiles de los mercados financieros, mundialización, etcétera, contribuyen a dibujar, para grupos cada vez más numerosos de la población, un futuro sin calidad. Los indicadores estadísticos no pueden dar cuenta del miedo al mañana, pero no por ello es éste menos real y determinante en los comportamientos de los agentes económicos. El déficit de futuro conduce así a la fragmentación social, a la exclusión y a la debilidad de la inversión.

He aquí por qué un retomo del Estado es esencial en la actualidad. Porque la función central de lo político es dar sentido al futuro, poner en escena el largo plazo. Es fácil de reconocer que hace falta esto en el proceso de construcción

europea. Las reglas que la presiden más que estar escogidas en función de los verdaderos objetivos que debe perseguir una sociedad –crecimiento de los niveles de vida y pleno empleo– parecen tener por única función tranquilizar a los mercados. Esto equivale a decir que son ellos los que han dictado las reglas y que el proceso de construcción europea se ha puesto bajo su control.

Pero en la actualidad no hay nada menos apremiante para Europa que la tutela de los mercados y la mundialización. Por el contrario, habría que volver a fundar a Europa con base en verdaderas ambiciones para los pueblos y poner la moneda única al servicio de esas ambiciones. Entonces Europa volverá a ser lo que nunca hubiera tenido que dejar de ser, nuestro futuro.

Volver a encontrar el sentido de las solidaridades es también volver a encontrar el sentido del proyecto en todas las aventuras que realizamos, se trate de Europa o de la mundialización. Sobre todo no tiene sentido afirmar que la economía francesa es tanto más competitiva cuanto que excluye a una fracción importante de su población. Si al contrario, los excluidos fueran "incluidos", es decir, movilizados en torno a un proyecto de futuro, la competitividad global de la economía francesa sería mucho más alta. Por eso es urgente que volvamos a encontrar una lógica de crecimiento, que es la única lógica compatible con la naturaleza humana porque es necesariamente la búsqueda de un progreso. ¿Puede una sociedad renunciar a progresar? Una de las fuentes del malestar francés es la toma de conciencia de que los niños tal vez tengan un suerte menos envidiable que la de sus padres. ¿Podemos imaginar que esta toma de conciencia no tenga por efecto alguna tentativa de invertir semejante predicción?

Este texto es una traducción autorizada del artículo "Mondialisation et inégalités" aparecido en la revista Futuribles, núm. 224 de octubre de 1997, pp. 6-16. El autor es doctor en ciencias económicas, presidente del consejo científico del Instituto de Estudios Políticos de París; publicó en 1997, junto con Pierre Rosauvallon, La nueva era de las desigualdades

Traducción Isabel Vericat.

1 El término externalización designa el proceso por el cual las funciones que se ejercen en el seno de la empresa se acaban confiando a subcontratantes externos. Así por ejemplo, se suprimirá el servicio jurídico de una empresa y ésta confiará los documentos de esta índole a un gabinete externo.

2 He demostrado que el paro se desarrollaba cuando una sociedad ya no percibía su futuro, cuando éste aparecía devaluado. Entonces sólo importaba la conservación del pasado, es decir, de las rentas que éste permitía hacer valer en el presente. Dejando a la orilla del camino a todos aquellos que no tenían o ya no tenían rentas que hacer valer, a aquellos cuyo pasado no les había permitido

ninguna acumulación de riqueza ni de saber (cf. Fitoussi, Jean-Paul, Le débat interdit, Arléa, Paris, 1995).

Economía nacional

Exportaciones en millones de dólares.

Economía nacional

Exportaciones en millones de dólares

Las exportaciones de nuestro país se incrementaron para el periodo enero-mayo de 1997 con relación al mismo periodo en 1996. El crecimiento, más notorio lo representan las exportaciones libres a bordo y de la industria manufacturera. Por su parte la industria de servicios y productos no clasificados presentó un decrecimiento con respecto al año anterior.

	Enero-mayo 1996	Enero-mayo 1997	Variación porcentual anual
Exportación total	37,861.3	42,999.7	13.6%
Agricultura y silvicultura	1,907.0	1,987.0	4.2%
Ganadería, apicultura, caza y pesca	149.1	162.6	9.1%
Industria extractiva	4,234.5	4,614.2	9.0%
Industria manufacturera	31,480.4	36,148.1	14.8%
Otros (servicios) y productos no clasificados	90.2	87.9	-2.5%

Fuente: INEC. Balanza comercial, julio 1997.

Derechos humanos
Violaciones y responsables

Derechos humanos

Violaciones y responsables

TIPO DE VIOLACIÓN
(OCTUBRE 1997)



*Otros hace referencia a un excedente de la fuerza, fabricación de culpables, violación al derecho de circulación y residencia, al derecho de asociación y reunión, a los derechos políticos y a la libertad de pensamiento y expresión.

VIOLACIONES EN LOS ESTADOS
(OCTUBRE 1997)



*Otros se refiere a Tabasco, Nuevo León, Michoacán, Tamaulipas, Durango, Chihuahua, Yucatán, Sonora y Quintana Roo.

PRESUNTO RESPONSABLE
(OCTUBRE 1997)



*Otros hace referencia a la Secretaría de Gobernación y gobierno del estado.

Nota: Las cifras anteriores se elaboraron con información conocida de forma directa por la Comisión Mexicana de Derechos Humanos vía testimonio directo, correo electrónico, fax o por otras organizaciones de derechos humanos. Información recopilada y tabulada por la dirección de Defensa.

Fuente: Comisión Mexicana de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos AC., Los derechos humanos en México, diciembre 1997.

